

podía ser comparada con la de los Guisais en Francia, tan favorables á los planes del rey de España; solo que el jefe del Imperio alemán no dió al duque de Baviera ocasion como el rey de Francia á los Guisais para intrigar contra él.

Con la aparición del duque de Alba en los Países Bajos, que fué la señal del gran movimiento en el Occidente de Europa, empezó á dejarse sentir en el Noroeste de Alemania el efecto de la actividad de España, de Baviera y de Roma; figurando desde entonces aquella parte de Alemania como un eslabon en la série de movimientos, pues que la mision de Alba no fué solamente someter las provincias de Flandes, sino tambien conseguir la preponderancia de España y de Roma en los países fronterizos de Alemania. Simultáneamente se procedió al ataque contra el ducado de Julich y Cléveris, contra los obispos de Westfalia y contra el arzobispado de Colonia. El ataque consistió por lo pronto en una propaganda católica decidida, empleando la persuasion, la intimidacion, la corrupcion, el soborno y las intrigas electorales, á cuyos medios se agregó muy pronto el empleo de las armas materiales.

Hasta el año 1552 habian estado reunidos los tres obispos de Westfalia (Münster, Osnabrück y Paderborn) en manos de Erico de Grubenhagen, que estaba en buenas relaciones con los potentados alemanes principales adalides de la reforma religiosa; y no agradándole la extension excesiva del poder del Papa, habia hecho grandes progresos el protestantismo bajo su gobierno. A su muerte, que ocurrió en 1532, pasó Paderborn á manos de Hermann de Wied, arzobispo de Colonia, y los obispos de Münster y Osnabrück á Francisco de Waldeck que era ya desde 1530 obispo de Minden. El arzobispo Hermann se hizo por el año 1540 protestante, y se propuso introducir la reforma religiosa en todos sus territorios, cuya tentativa pagó con la pérdida de su silla. Tambien Francisco de Waldeck, á pesar de haberse obligado en su capitulacion á hacer la guerra á la religion reformada, abandonó por el año 1540 la senda del catolicismo rígido y adoptó la religion protestante que profesaba la mayoría de sus súbditos, con cuyo motivo se rodeó de predicadores luteranos y entró en la liga de Smalcaldia en 1543. El arzobispo de Colonia protegió tambien la nueva doctrina; por manera que bajo el gobierno de estos dos obispos la reforma religiosa se apoderó cada vez mas de sus cinco obispos, y aunque las tendencias de Waldeck no tuvieron un fin tan súbito y funesto como las del arzobispo de Colonia, no dejaron de oponerle grandes obstáculos los cabildos de las catedrales de Osnabrück y de Münster que continuaron fieles á la Iglesia católica; y el de Munster llegó hasta á acusar á su obispo en Roma de herejía (1547).

Despues de la caída del arzobispo de Colonia en 1547 y de la muerte de Francisco de Waldeck en 1553, fué elegido arzobispo de Colonia Adolfo de Schauenburg, al cual siguió en 1556 su hermano Antonio y sucesivamente en 1558 Juan Gebhard de Mansfeld y en 1562 Federico (IV) de Wied.

Paderborn, que se separó de Colonia, obtuvo por obispo á Rembert de Kerssenbroik; para la silla de Munster fué elegido en 1553 Guillermo Ketteler y en 1557 Bernardo de Raesfeld; ocupó la de Minden en 1553 Jorge de Brunswick, y la mitra de Osnabrück fué conferida á Juan de Hoya. Despues de la muerte del duque Cristóbal de Brunswick-Wolfenbuttel, que ocurrió en enero de 1558, fué encargado el obispo de Minden, Jorge de Brunswick, de los gobiernos de los obispos de Bremen y Verden; de suerte que llegó á ser el único que poseía varios obispos. Esta segunda generacion de obispos del Noroeste de Alemania no manifestó todavía especial celo católico, y si bien Adolfo de

Schauenburg restableció en Colonia el culto romano, era demasiado tímido, lo mismo que sus dos sucesores, para detener enérgicamente en su diócesis la propaganda de la nueva doctrina. Tampoco pudieron hacer gran cosa los jesuitas establecidos en Colonia, que enseñaban en el instituto de segunda enseñanza y en la universidad, pero que se vieron expuestos al odio de los mismos católicos. Federico de Wied, sobrino del obispo reformador ó de tendencias protestantes de Colonia, se habia hecho ya sospechoso en Roma de ser poco ortodoxo. Reclamó la concesion de la comunión en ambas especies y la supresion del celibato del clero, que habia sido concedido ya á los protestantes por el arreglo interino, y esta reclamacion le atrajo el odio de los jesuitas. Habiéndose negado tenazmente á abandonar estos principios conciliadores y á profesar el credo tridentino, prefirió renunciar (setiembre de 1567) á su dignidad, á ceder á las instancias del legado Commendone.

El obispo Remberto, septuagenario cuando se encargó del gobierno de Paderborn, profesaba principios antiluteranos, pero estaba convencido de la necesidad de una reforma de la Iglesia romana. Lo primero que hizo en su nuevo puesto fué permitir el matrimonio al clero y establecer la comunión en ambas formas. Gracias á su gobierno tolerante se extendió en su obispado la nueva doctrina cada vez más. El ayuntamiento y el pueblo de la capital la habian adoptado y á la muerte del obispo no habia en Paderborn mas que unas cuarenta personas que comulgaban conforme al rito católico. En los lugares del campo donde se mantuvieron los párrocos católicos en sus iglesias, los campesinos dispusieron para el culto protestante una era.

El obispo Guillermo Ketteler, descendiente de una familia noble territorial de Munster, persona muy digna y equitativa, permaneció fiel á la Iglesia antigua, y desaprobó todo acto de apostasía; pero tampoco se le ocultaba que en la religion católica se habian introducido multitud de abusos paganos y muchos errores con apariencias de instituciones divinas. En lugar de aprobar estas extralimitaciones eclesiásticas pidió como su colega de Paderborn que la Iglesia introdujera reformas. Estaba conforme en que no se toleraran herejes, pero no quería que se llamara hereje á aquella gente piadosa que enseñaba la palabra divina con mayor pureza que la curia romana, que usaba los sacramentos tales como habian sido instituidos por Cristo, y que se aplicaba con gran afán á extirpar los abusos que se habian introducido y á establecer el culto verdadero. Se inclinaba, pues, á las ideas protestantes y naturalmente tuvo en su favor la inmensa mayoría de sus súbditos, tanto mas cuanto que, segun testimonio de sus contemporáneos, era un soberano benévolo que gobernó el obispado con honradez y sabiduría. Hacia muchas obras de caridad en secreto, y no queriendo, prestar el juramento tridentino, por no poder cumplirle sin violentar su conciencia, dimitió su cargo (diciembre de 1557).

Bernardo de Raesfeld, que le sucedió en la silla de Munster, hijo tambien de una familia noble del país, era mas partidario que su predecesor de la universalidad de la Iglesia romana y estaba menos convencido que aquel de necesidad de la reforma; pero era amigo firme de la paz religiosa, y si bien odiaba la formacion de sectas, no quiso emplear la fuerza contra ellas porque profesaba el principio de que no se debía oprimir á las conciencias con medidas brutales; y cuando al llegar Canisio á Munster, despues de la clausura del Concilio de Trento y de haber recorrido las cortes eclesiásticas de Alemania para entregarles las resoluciones adoptadas en aquel concilio, una parte del cabildo de la catedral se declaró á favor de estas resoluciones, el obispo, no

queriendo emplear la fuerza para hacerlas aceptar, dimitió el gobierno (en 25 de octubre de 1566).

De Jorge de Brunswick, que en sus obispos permitió la comunión en ambas formas y el matrimonio del clero y que en general era partidario de la nueva doctrina, se decia que era *vix catholicus*.

Muy diferente de los citados prelados era el nuevo obispo de Osnabrück Juan de Hoya, de edad de 24 años, hijo de una familia conde de Westfalia y pariente próximo de Gustavo Wasa, cuya esposa era tia materna del joven obispo. Habia ya viajado mucho y sus contemporáneos alaban su inteligencia y grande erudicion. Era un prelado de costumbres cortesanas, de corta hacienda propia, de ideas poco sólidas y enemigo de indisponerse con nadie. Profesaba la antigua religion; era del partido del emperador y del rey de España; estaba en relaciones tambien con el Papa, y además era amigo del cardenal obispo de Augsburgo, Oton de Truchsess, á la sazón apoyo principal del partido católico en Alemania; pero nada de esto le impidió hacer lo que convenia á sus intereses cuando su tio el conde Erico le encargó en su testamento que protegiera el púlpito protestante en su dominio de Stolzenau, enviara un representante al concilio de Trento y se hiciera consagrar. Marchó por la senda media que habian adoptado sus colegas vecinos; y cuando contestó con una evasiva á la invitacion de hacerse representar en el Concilio, dijo Commendone con sorna que era uno de aquellos príncipes católicos que, confiando enteramente en su fé, se creen dispensados de las obras.

Hay que notar, sin embargo, que este obispo fué el primer soberano eclesiástico del Noroeste de Alemania que procuró entrar, y entró en efecto, en relaciones de dependencia con Felipe II, con el cual hizo en 11 de noviembre de 1555 un convenio. En su virtud el joven obispo soberano se puso por diez años con su obispado y su condado bajo la proteccion y clientela del rey como señor de los Estados hereditarios de Carlos V en la Baja Alemania. Se obligó por tanto á prestarle todos aquellos servicios que corresponden á un aliado y protegido (*socio et clienti*); abrirle á él ó á su lugarteniente, en caso necesario, todas sus fortalezas y ciudades; auxiliar á las tropas reales con provisiones, dándoles libre paso; tener á los amigos y enemigos del rey por amigos y enemigos suyos, y auxiliarse contra estos últimos. En cambio el rey le prometió procurar que cuantos le atacaran ó amenazaran sin razon ni motivo desistieran de su intento, y auxiliarse contra ellos en caso necesario hasta donde le fuese posible. Poco importaba que el cabildo de la catedral y los estamentos aprobasen ó no este tratado; de todos modos se habian establecido entre el obispo y el rey de España íntimas relaciones que podian desarrollarse hasta llegar á ser un verdadero vasallaje. Por supuesto que el obispo estaba entonces tan lejos de hacerse vasallo de España como de ponerse á la disposicion incondicional de Roma.

Añadamos ahora que en los territorios de Julich y Cléveris la situacion era análoga á la de los territorios eclesiásticos colindantes; pues su soberano, el duque Guillermo V, que reinaba en los citados territorios desde 1539, era un amo benévolo, de no muy grande energía é inclinado en materia religiosa á la nueva doctrina, cuya introduccion oficial estaban pidiendo con insistencia los estamentos, casi enteramente protestantes. No quiso ir tan lejos este soberano, ni separarse del todo de la Iglesia cristiana universal; pero reconocia que era necesidad ineludible de la época una reforma radical de la Iglesia en el sentido de Erasmo. Profesando estas ideas y estando además en relaciones con los principales soberanos protestantes de Alemania, se fué acercando cada vez mas á

la línea divisoria entre la religion antigua y la nueva, hasta que finalmente estableció en su corte el culto enteramente á la manera protestante por medio de su predicador de palacio Gerardo Veltius. Es muy posible que á no ser por las consideraciones que guardaba al emperador y á sus poderosos vecinos de Maguncia y Tréveris, y principalmente al rey de España, se hubiera separado definitivamente de Roma; pero le impuso respeto el rey de España, con el cual le convenia evitar toda colision desde el fracaso de su tentativa atrevida para disputar con las armas á este poderoso soberano la herencia de Gueldres, tentativa que habia tenido que pagar con el humillante convenio de Venlo (setiembre de 1543).

Al presentarse, pues, el duque de Alba en los Países Bajos, ó sea por el año 1566, cuando el catolicismo habia perdido ya definitivamente los obispos orientales del Norte de Alemania, la situacion era tambien poco favorable para los católicos en el Noroeste de Alemania, donde las poblaciones se mostraban adictas en su mayor parte á la doctrina nueva profesándola con toda la seriedad y tenacidad de los alemanes del Norte. Verdad es que los soberanos continuaban siendo católicos, pero se manifestaban muy tolerantes con la predicacion del evangelio luterano, y casi todos deseaban una reforma dentro de la Iglesia antigua, y la reunion en una sola iglesia por vía pacífica de católicos y protestantes. Casi todos se hallaban muy distantes de la corriente romana, entonces moderna, que se habia consolidado con las resoluciones del Concilio Tridentino y cuyos defensores especiales eran los jesuitas que se proponian la extirpacion de la doctrina nueva. En resumen podia esperarse entonces dentro breve tiempo en aquellos países mas bien el establecimiento definitivo del protestantismo que su reconquista para la Iglesia católica romana.

En esta situacion se operó un cambio por influencia extranjera en favor del catolicismo, cuyo cambio no se habria presentado ciertamente si se hubiese permitido el libre desarrollo de los intereses y deseos de los habitantes.

LA LUCHA POR EL EPISCOPADO DEL NOROESTE DE ALEMANIA

Por lo pronto, aun despues del año 1566, no pareció que la propaganda hispano-ultramontana prosperaria en el Noroeste de Alemania; porque si bien por fallecimiento del duque Jorge de Brunswick, que murió en 1566, quedaron separadas las mitras de Bremen, Minden y Verden, todas tres cayeron en manos de príncipes adictos á la nueva doctrina. El arzobispado de Bremen, enteramente protestante, en el cual poco antes se habia reconocido é introducido oficialmente la doctrina luterana, fué dado al joven duque Enrique V de Sajonia-Lauenburgo que solo contaba diez y seis años de edad; Verden correspondió á Everardo de Holle, obispo de Lubeck, y el obispado de Minden fué conferido al conde Hermann de Schauenburgo, quedando así perdidos para la Iglesia antigua, lo mismo que Bremen, estos dos territorios eclesiásticos del círculo de Westfalia.

En la eleccion del nuevo arzobispo de Colonia verificada en 1567 tampoco logró la curia romana su deseo. Despues de haber sacado de aquella silla arzobispal á Federico de Wied hizo cuanto pudo para que fuese elegido para aquel importante cargo el cardenal obispo de Augsburgo, Oton de Truchsess, el defensor mas fanático del ultramontanismo; pero no lo consiguió, porque el cabildo prefirió elevar á la silla arzobispal á uno de sus canónigos, y eligió en diciembre de 1564 al conde Salentin, soberano de Isenburg y Grenzau, joven de 27 años. Era partidario de la religion antigua, pero enemigo de la tendencia nueva hispano-ultramontana y por

lo mismo adversario acérrimo de los jesuitas. No obstante, obligóse en su eleccion á ordenarse sacerdote y consagrarse obispo dentro del término de un año; á hacer la profesion de fé fijada por el Concilio Tridentino siempre que el Papa lo pidiese; en caso de que no pudiese efectuarse la ordenacion en el plazo fijado, á solicitar la dispensa del Papa, y de no obtenerla, á renunciar sin dificultad á su cargo á la primera intimacion del cabildo.

En cambio obtuvieron Roma y Madrid un primer triunfo en el obispado de Munster, donde consiguieron hacer elegir obispo, despues de haber quedado la silla vacante por renuncia de Bernardo de Raesfeld en 1566, á una persona decidida á promover enérgicamente la contrarreforma. Este hombre era Juan de Hoya, el obispo de Osnabruck, que hacia años estaba en relaciones con España y que desde que Canisio habia influido en su ánimo en 1564, se habia decidido á vivir



El duque Ernesto de Baviera

y morir por la idea de la Iglesia romana universal. Los luteranos, conociendo el objeto de los ultramontanos, hicieron todo lo posible porque se eligiera al conde Carlos de Mansfeld, cuyo padre se habia declarado decididamente protestante cuando el movimiento de reforma en 1525. Hubo una lucha empeñadísima, por la cual se interesó el elemento protestante mucho mas allá de los límites del círculo de Westfalia, pues casi todos los soberanos mas importantes de la Alemania del Norte se mezclaron en la contienda, y hasta el rey de Suecia se interesó por el candidato luterano. Pero, á pesar de todos los empeños contrarios, fué elegido Juan de Hoya que en 11 de enero de 1568 hizo su solemne entrada en su nueva capital á la cabeza de algunos cientos de jinetes en traje negro. La ciudad esta vez no estaba engalanada, ni tampoco se presentó el pueblo lleno de júbilo como solia suceder en ocasiones análogas al recibir á su nuevo señor,

porque tanto el pueblo de la capital como el de todo el país estaba receloso del porvenir que le aguardaba, sabiendo que el nuevo dueño se habia obligado en su capitulacion no solamente á ser buen católico, sino á fomentar la fé católica en el obispado y á extirpar todas las sectas prohibidas.

Otro triunfo obtuvo Roma cuando el 22 de febrero de 1568, pocos días despues de la muerte del anciano Remberto, el cabildo de la catedral de Paderborn eligió obispo al mismo Juan de Hoya. La diócesis de Paderborn era casi enteramente protestante, y necesitaba, segun decia el cabildo, «un hombre adicto y fiel á la silla de San Pedro y á la fé católica y que al mismo tiempo fuese soberano poderoso, porque el obispado tenia por vecinos á herejes y habia personas que se proponian la destruccion de la Iglesia.» Tambien prometió allí el nuevo obispo en su capitulacion abolir inflexiblemente todas las innovaciones religiosas.

Quedaron, pues, reunidos de nuevo en una sola mano los tres obispados de Munster, Osnabruck y Paderborn; pero esta vez no como en los primeros años del movimiento de reforma, en manos de un príncipe que creyera de su deber dejar á sus súbditos libres en sus sentimientos y creencias religiosas, sino en el férreo puño de un amo decidido á hacer la guerra á las convicciones religiosas de sus súbditos.

Por lo pronto lo hizo con mucha cautela, limitándose á introducir en sus territorios algunas disposiciones del Concilio de Trento, como, por ejemplo, los sínodos diocesanos y las visitas periódicas para vigilar y examinar las doctrinas y conducta del clero, del cual desterró á los individuos mas peligrosos, entre ellos al párroco de Paderborn Martin Hoitbrand, y nombró para las parroquias vacantes hombres de su con-



El duque Guillermo V de Julich-Cléveris. De un grabado (1540) de Enrique Aldegrever (1502-1562)

fianza. Exigió del clero el juramento de observar los cánones del Concilio Tridentino; introdujo el catecismo romano, del cual mandó hacer una edicion en Colonia expresamente para sus territorios, disponiendo que se expusiera un ejemplar de este catecismo en cada iglesia, colgado de una cadena, á fin de que todos pudieran leerlo. Estas disposiciones produjeron su debida influencia sobre el clero, muchos individuos del cual, al prestar el juramento exigido, se curaron muy poco de que con este juramento declaraban falsos sus sermones anteriores, concubinas á sus esposas legítimas y bastardos á sus hijos. Verdad es que tambien habrian estado dispuestos á faltar otra vez á este nuevo juramento; pero los hubo que prefirieron, antes que hacer traicion á sus ideas religiosas, la miseria y el abandono de sus puestos y del país. La pobla-

cion protestante, sin embargo, no se intimidó ni renegó de su fé, y por otra parte las deudas impidieron al nuevo obispo proceder enérgicamente y le obligaron á atender á las convicciones é intereses de los estamentos. Despues, cuando á consecuencia de su vida desarreglada murió en 5 de abril de 1574, á la edad de 45 años, entre largos padecimientos de consuncion, quedó la situacion en los tres obispados poco menos como habia estado al tomar este obispo posesion de ellos.

El gran cambio en el Noroeste de Alemania tuvo su origen en otra parte que por lo pronto nada tenia que ver con los territorios de Westfalia. El cambio fué originado en otros territorios eclesiásticos separados del círculo de Westfalia

por los dominios de Hesse y de Brunswick que rodeaban la Westfalia por el lado del Este. Fué en el obispado de Hildesheim, en la abadía de Fulda y en Eichsfeld, que formaba parte del arzobispado de Maguncia, donde la propaganda católico-ultramontana obtuvo resultados importantes, conquistando una posición desde la cual amenazó por la espalda á los territorios de Westfalia expuestos ya por el lado opuesto á consecuencia de la situación de los Países Bajos.

Hildesheim fué el primer obispado que sufrió los efectos del ultramontanismo. Así como los príncipes protestantes del Norte de Alemania procuraron colocar á sus hijos segundones en las prebendas y territorios eclesiásticos, del mismo modo se condujo en el Mediodía el duque Alberto de Baviera. Esta vez procuró colocar al tercero de sus hijos, el duque Ernesto, que había nacido en el año 1554 y había sido educado por los jesuitas para la carrera eclesiástica. Desde el año 1565 hasta fines de 1567 consiguió para este hijo canongías en las catedrales de Salzburgo, Wurzburg, Colonia y Tréveris. La acumulación de tantas prebendas en una sola mano era contraria á las disposiciones del Concilio de Trento; pero el papa Pío V, al apartarse de sus principios rígidos, quiso dar esta prueba de su deseo de recompensar la sumisión incondicional de la casa de Baviera al Pontificado y los méritos adquiridos, particularmente por el duque reinante, en la propagación de la religión católica. Además de estas concesiones, permitió que aquel joven de doce años fuese encargado (diciembre de 1566) de la administración del obispado de Freising.

Hasta entonces los esfuerzos de la casa de Baviera habían tenido un carácter personal, siendo su objeto directo el interés material de la familia y la colocación decente de uno de sus miembros; pero en adelante tomaron estos esfuerzos el carácter preferentemente político, porque sirvieron en primera línea á la política hispano-ultramontana. En el tiempo en que el duque de Alba llegó á los Países Bajos se propuso el duque Alberto, con el asentimiento del rey de España, ampliar hasta una liga romano-católica general la alianza de Landsberg formada en el año 1556 á excitación del rey Fernando I para la seguridad de los territorios austríacos. Esta alianza no había tenido carácter religioso ninguno, ni en general grande importancia práctica; pero al transformarla en sentido católico-ultramontano procuró el duque Alberto que se le agregasen miembros de la Alemania del Norte y que se dieran también á su hijo obispados, á fin de establecer en aquellas comarcas limítrofes de los Países Bajos la casa de Baviera.

Fijóse el duque desde luego en el arzobispado de Colonia, donde su hijo Ernesto poseía desde diciembre de 1565 una canongía; y en el año 1566, cuando era inminente la dimisión del arzobispo Federico de Wied, se siguieron en este sentido negociaciones particulares. El canciller del arzobispado, Dr. Burkhard, aconsejó al duque confidencialmente que procurase para su hijo la prebostía de Bonn para abrirse así el camino al arzobispado. Al verano siguiente participó Commendone á la curia de Roma que el duque tenía el deseo de colocar á su hijo en la silla arzobispal y recomendó que le consultaran cuando se tratara de proveer aquella mitra. No hubo empeño entonces en conseguir este objeto, y como ya hemos dicho, el candidato ultramontano fué el cardenal obispo de Augsburgo; mas el elegido fué Salentin de Isenburg. Desde entonces no cesaron los esfuerzos de Baviera para colocar á un miembro suyo en la silla arzobispal de Colonia, si bien solo lograron su propósito al cabo de quince años.

Mejor suerte tuvieron los que empleó para adquirir el obispado de Hildesheim, que antes había sido uno de los

obispados mas importantes de la Baja Sajonia, pero que había perdido casi dos terceras partes de sus dominios en la desgraciada guerra del obispo Juan IV de Lauenburg contra el duque de Brunswick (1519 á 1523), de suerte que el obispo Burkardt de Oberg se solía quejar de que su obispado le daba apenas para no morir de hambre. En este obispado se había establecido el protestantismo durante el quinto decenio del siglo como en los territorios eclesiásticos de Westfalia. En 1542 todos los vecinos de la capital profesaban la religión luterana, pero á consecuencia de un arreglo con el obispo se habían cedido á la religión católica hasta entonces prohibida durante algun tiempo dos iglesias. Los dos cultos vivían pacíficamente uno al lado del otro, y este estado fué reconocido oficialmente en 1562 por un decreto en el cual los partidos religiosos se obligaban á la tolerancia mútua. Fuera de la capital, en todo el territorio del obispado la situación religiosa era la misma. Entonces el obispo Burkardt, deseoso de salvar para Roma, en medio de la deserción general de los obispados sajones, por lo menos el suyo, concibió el plan de nombrar coadjutor y sucesor presunto en su silla episcopal al príncipe bávaro Ernesto. Cuando algunos años después, en febrero de 1573, murió el obispo Burkardt, quedó vencedor este príncipe sobre sus competidores de las casas de Brunswick y de Holstein, y el papa Gregorio XIII se dió prisa á confirmar al nuevo obispo en su silla.

La elección del príncipe bávaro para la mitra de Hildesheim llamó fuertemente la atención en toda Alemania, pues que la Baja Sajonia era considerada como definitivamente conquistada para el protestantismo, además de ser ya antigua costumbre en aquella región de Alemania que los magnates del país y los príncipes vecinos decidieran de la suerte de los obispados en favor de sus intereses de familia. La sorpresa fué, pues, grande cuando se vió sentado en esta silla episcopal de Hildesheim, á manera de avanzada católica, á un miembro de la familia archi-católica de Baviera; y aunque el poder material que daba esta silla episcopal era insignificante, siempre era un punto fijo en la Alemania del Norte al cual la propaganda ultramontana podía aplicar su palanca. El brillante éxito obtenido en Hildesheim invitó á probar otro paso en el obispado vecino de Halberstadt cuyos habitantes eran casi sin excepción protestantes mientras el cabildo de la catedral era todo católico. El candidato del cabildo para aquella silla episcopal fué en setiembre de 1566 el duque Enrique Julio de Brunswick, nieto del anciano duque entonces reinante Enrique, partidario todavía de la iglesia antigua. Este, sin embargo, aprobó la candidatura de su hijo con la condición que el Papa la aprobara igualmente; pero llegó la época de la elección del nuevo obispo en 1573, y el Papa (Gregorio XIII), sin haber dado su aprobación, invitó al cabildo en su breve del 30 de julio de 1574 «á elegir un obispo verdadero.» En esta situación el canónigo Hermann de Horneburg, que había apoyado ya á Ernesto de Baviera como candidato á la silla de Hildesheim, volvió á su antiguo plan de proporcionarle también la mitra de Halberstadt. Por supuesto que este plan fué aprobado muy diligentemente en Munich y en Roma; pero el cabildo de la catedral de Halberstadt que había prometido sostener hasta el último trance la candidatura del duque de Brunswick, no accedió á la orden del Papa. Solo cuando éste repitió en mayo de 1575 su orden en forma mas urgente y amenazadora, se intimidaron los canónigos, y viendo que ya no había remedio, suplicaron al duque Julio que renunciara voluntariamente á su candidatura. Este les instó para que no se dejaran intimidar por amenazas, recordándoles que otros arzobispos y obispos como los de Magdeburgo, Bremen, Osnabruck y Verden ha-

bían quedado en posesión tranquila de sus sillas á despecho de haberse negado el Papa á su confirmación, y les excitó á escribir otra vez á Roma y apelar á *Pontifice male informato ad melius informandum*. Así lo hicieron, y dijeron en su exposición, entre otras cosas, que el duque no renunciaría voluntariamente á su posición, lo que pondría al obispado en el mayor peligro si el Papa no cedía. El canónigo Hornemann no por esto se dió por vencido; dijo que la mayoría de aquellos canónigos no estaba tan decidida como parecía á

sostener á su candidato, y aconsejó que el Papa amenazara con la excomunión, á lo cual no quiso arriesgarse la curia porque, si había sido ya una falta mandar y amenazar donde no había fuerza para hacerse obedecer, quiso evitar otra falta mayor, y así insistió en la órden, pero con un nuevo breve conciliador (marzo de 1576). La misma política observó el duque de Baviera, diciendo que habiendo sabido que el cabildo no estaba dispuesto como se había dicho á anular su candidatura, renunciaba á todo el asunto.



*Hæc est effigies IANI genuina WILHELMI
Dives IVLIACI quem penes ora soli est.
Cui spatium vitæ longum, Pacemque perennem
Cœlicolum unanimi poscimus ore Patrem*

KAP. OAOO
OYΘE. N. BIOC

NL
Kar. Ehrenhays haldebat
A. 1599. 9. July.

Uterque ipse, causa veri inculebat Crispian. Dyfies.

El duque Juan Guillermo de Julich-Cléveris. Facsimile del grabado de Crispin de Passe (1560-1629)

Con esto se había rechazado el ataque ultramontano al obispado de Halberstadt, que quedó perdido para Roma.

El efecto del triunfo de la casa de Baviera en Hildesheim no tardó en manifestarse en el territorio de Fulda, donde como en casi todos los demás territorios eclesiásticos habían vivido los partidarios de las dos religiones pacíficamente los unos al lado de los otros bajo el gobierno tolerante de sus sucesivos abades soberanos. Con esto se había aumentado considerablemente el número de protestantes en los últimos treinta años; y en el mismo de 1542, en el cual se declaró abiertamente á favor de la religión protestante tan gran número de territorios en la Alemania del Norte y cuando el príncipe elector Hermann de Wied emprendió la introducción de la religión reformada en Colonia, publicó el abad de Fulda Felipe (Schenk de Schweinsberg), cuyas tendencias eran enteramente protestantes, un reglamento eclesiástico en el cual impuso á todos los párrocos el deber de

predicar el evangelio puro y en términos claros, y les autorizó á servirse en el bautismo y en la comunión de la lengua alemana y á dar la comunión en ambas formas. Purificó el culto de todo cuanto contradecía en su entender á las escrituras sagradas y dió por base á la instrucción religiosa el catecismo de Lutero. Con esto quedó el país conquistado para el protestantismo y casi completamente suprimido el catolicismo, conservándose solo en algunas parroquias rurales sacerdotes católico-romanos.

En 1570 fué nombrado abad de Fulda Baltasar de Dernbach, joven de 27 años, convertido al catolicismo, que había prometido en su elección respetar y conservar la libertad y los usos de sus súbditos y no introducir en su territorio personas extranjeras; pero, como buen apóstata, deseaba demostrar su celo por su nueva religión con la persecución de sus antiguos correligionarios, y á pesar de su promesa llamó á los jesuitas, los estableció y se preparó con su auxilio